

El amigo Félix Schwartzmann

Por Juan Antonio Massone

(Palabras de bienvenida al Premio Nacional de Ciencias Sociales, en la Universidad Católica Blas Cañas)

Estas breves palabras de saludo, en nombre de la Universidad, no son - ni podrían pretenderlo - una valoración del inmenso aporte de don Félix Schwartzmann a la alta cultura del pensar científico y del quehacer artístico que sus libros y su magisterio atestan con prodigalidad eminente, pues los unos y lo otro rebasan cualquier intento mío que, al respecto, pudiese albergar. Prefiero decir esta tarde de la amistad y del afecto especial que he recibido de don Félix, los que me han deparado muchas ocasiones de humanización en el zozobante tiempo que vivimos. Porque desde que lo conocí, en el verano de 1979, ha mostrado para conmigo una inalterable actitud amical que gusta y sabe compartir inquietudes no menos que dispensar tiempo, buen humor, libros personalísimos y penetrantes análisis de la suerte o desbarajuste que le corren a nuestra especie.

Con don Félix uno no tiene ocasión de perder el tiempo. A poco saldar las exigencias de consabidos saludos, invita a considerar esto o aquello - y esto o aquello puede ser la crisis universitaria, el Nafta, o bien, las más recientes consideraciones originadas en la ciencia, la epistemología o la poética -, siempre con esa suerte de vuelo en pos de lo inmenso que le lleva a relacionar asuntos de apariencia distante o, también, a recordar sitios, trabajos, lecturas que el tiempo no ha cubierto con su pátina de olvidanzas.

Me resulta obligatorio subrayar de estos encuentros, telefónicos o de

visu, su ocupación e interés infatigable por cuanto se refiera al corazón humano y sus paradojas, a las conquistas provisionales de la inteligencia y al hondor expresivo en que las artes - las auténticas, es decir, las nacidas de la necesidad, como recomendaba Rilke - trasuntan orillas o espesuras del misterio humano en ese proceso especialísimo de ver lo interno como externo desde lo íntimo, que nuestra visita menta como "tránsito", uno de tantos títulos identificatorios de situaciones que se le deben. En tanto lector de sus obras: "El sentimiento de lo humano en América" (1992); "Libro de las revoluciones" (1992); "Autoconocimiento en Occidente" (1993) y "El discurso del método de Einstein" (1994), he tenido ocasión de columbrar fenómenos y realidades como no las he tenido en casi ningún otro texto. Mención especialísima, en este sentido, debo hacer de Teoría de la expresión (1966), un verdadero monumento de indagaciones e intuiciones llevadas a cabo en los meandros de la experiencia creativa y receptiva de lo estético.

Sin embargo, la mención de sus obras más importantes no significa desdén de muchos trabajos suyos aparecidos en revistas universitarias, especialmente en Dilemas, Teoría, Antártica, Escritos de Teoría y Babel.

Pero acercarse a don Félix es obtener una experiencia humana no satisfecha del todo en los libros. Su proximidad crea, parejamente, un principio de camino y un sentimien-

to acogedor.

Las peripecias de su autodidactismo, sus memorias vividas de amistades y venturas, su devoción a su familia y la soledad de verdadera Casandra que le acompaña, conviértene en una persona de excepción, no sólo por cuanto sabe o es capaz de sintetizar, sino más bien por lo que ese saber de vividas ha incorporado, con naturalidad, los más diversos indicios pispados en materias tan arduas como la física cuántica o la "poética del suceso" histórico.

Dijérase que en él recalcan con similar familiaridad el intuitivo y el razonador. Pero, amén de lo anterior, el hombre amigable acude sin esfuerzo ni artificio a mostrar un genuino interés por quienes siente cercanos y, entonces, comparte ideas, libros y confidencias. En una palabra, hace lo posible en responder positivamente a la preocupación del poeta Hölderlin: "¿De qué sirve

vivir en un mundo sin amigos?"

Pues, bien mirado, don Félix es un amigo que escribe del universo y de ese otro misterio que es el nuestro, el humano, entre cuyos lindes se aloja, transfigurada, la clave de la estrella porque es capaz de advertir en la gota que azota el roquerío, ese principio de incitadora extrañeza que le lleva a preguntar, a condolerse y a vincular en la propia orfandad los principios de una realidad inagotable de la que sólo conocemos algunos retazos. En fin, de esa amistad augural que me ha regalado la persona y los textos de don Félix Schwartzmann, he querido dejar constancia en esta oportunidad de su visita a nuestra universidad, porque en ella pocas veces se gozará de la ocasión de caminar por tan abismáticos como esplendentes senderos de preguntas, como creo, nos invitará él.

Juan Antonio Massone